

William González Guevara
Cara de crimen

PREMIO



ESPASA ESPOESÍA

CARA DE CRIMEN

William González Guevara

Esta obra ha obtenido el **VIII PREMIO ESPASAesPOESÍA**,
convocado por la editorial Espasa
y concedido por el siguiente jurado:

Luis Alberto de Cuenca

David Galán «Redry»

Alejandro Palomas

Ana Porto

Viviana Paletta



ESPASA esPOESÍA

ESPASAesPOESÍA

© William González Guevara, 2025

© del epílogo, Emilio del Río, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Primera edición: noviembre de 2025

© Ilustración de cubierta: *Migration Series, Panel N°.1*, (1940-41),
Jacob Lawrence (The Phillips Collection, Washington, USA)

© Jacob Lawrence, VEGAP, Barcelona, 2025

Fotografía: © Bridgeman Images / ACI

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: 978-84-670-7926-5

ISBN: B. 18.348-2025

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá
cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento
editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Centroamérica

Porción terrestre, enlace de América del Norte
y América del Sur. Fragmento áspero.

Un rasguño de tierra.

Lo invisible de lo invisible, nada.

Arañazo que no le duele a nadie.

La rodilla raspada de un extraño,
una herida encarnada en el abdomen.

La pobreza y sus átomos poblando
un aire que desprecia, contamina
las selvas tropicales.

Los hijos de la nulidad, los siempre ignorados,
los bailarines de la vacuidad.

Refugio rudo de violencia déspota.

Hogar para los débiles, aquí
los sueños no se cumplen ni cumpliéndose.

Centroamérica con su frente ensangrentada,
el pobre suda pena derretida.

En el pasado, pulcro suelo virgen.

En el presente, suelo denigrado.

Sombra de Chilamate

Hay una Centroamérica convulsa
de folklore y la masa de tortilla.
De pupusas de maíz y leche parmalat,
hundida en los museos de cenizas
aliente sufridora de bellezas.

Hay una Centroamérica callada
de himnos y cantinas pasajeras
de buñuelos y ruedas de chicagua.
Mujer religiosa de tonos claroscurros,
amante de las fieras más odiosas.

Hay una Centroamérica guerrera
esposa amasadora de tamales,
agricultora, ganadera y campesina.
Mujer piel de serpiente, huracán
silueta de una calle de arena movediza.

Hay una Centroamérica endeudada,
repleta de jaranas y facturas
que vive el día a día de presagios

y ya se ha acostumbrado a los derrumbes
con grandes decibelios catastróficos.

Hay una Centroamérica amorosa
de largas tradiciones oriundas
de barro ardiente y tumbas caolín
de casas que se caen a pedazos
de negrura que expelle el Chilamate.

Hay una Centroamérica llorona,
dibuja versos roncós por el tiempo.
La Centroamérica sin premio,
espalda de vinagre, estrofa silenciada,
la fosa de los muertos sin vergüenza.

Ay, mi Centroamérica guerrera,
impía majestad crucificada.
Ay, madre dolorosa,
latido taciturno del migrante
¿a dónde fueron a parar tus vértebras,
mujer de tez sufriente?

Dios el día que creó Centroamérica

Te quedarás lo malo, hijo mío.
Cosechas perdurables crecerán en tu vientre,
árboles de catorce metros de podredumbre.
Los frutos engendrados admíralos, pues tienen
el sabor suficiente para sustentar ávidas
bocas llenas de hambre, sed, sequía.
¿Ves los carnosos pájaros? Son tuyos.
¿Ves las llanuras del fondo? Son tuyas.
¿Ves aquel cielo despejado? Es tuyo.
También es tuya la escopeta que mata al pájaro,
el cemento que cubre la llanura
haciendo que esta pierda su fulgor,
la tormenta que deteriora el cielo
activando el sentido lagrimal.
Te quedarás lo malo, hijo mío:
este poema y la voz que recita.

50 millones

Más de cincuenta millones de rostros
pueblan rincones de Centroamérica
algunos más desgraciados que otros
más rotos más decaídos morando
los márgenes de un abismo sin fin
aguarda cada rostro su parcela
estéril tierra no crecen los frutos
hay un lugar en el mundo habitado
por cincuenta millones de cadáveres
he visto con mis ojos cómo labran
cultivos con semillas que no crecen
he visto con mis ojos cómo secan
sus fétidos sobacos las tardes infernales
he visto cómo manejan las palas
rastrillos, la horca plana con destreza
he visto cómo cortan mangos verdes
los he visto cavar sus propias fosas
por temor a quedarse sin santa sepultura.

Postes eléctricos

En la costa marginal del Caribe
medio millón de almas no conocen la luz.
Los tendidos eléctricos caducan,
enclenques cables negros carcomidos.
Aquí, la turbia oscuridad, regenta
manglares, cocoteros y arrecifes.
El único destello de luz incandescente
es el que eyecta el sol antes de huir
en dirección contraria a los rebaños.
Hay quienes viven de la luz solar,
subsisten con las ráfagas
lumínicas de fósforo maldito.
Aquí, en el vórtice de los abismos,
no existen los poetas y las velas
apagan su pabilos, y los pobres
cierran sus ojos, decretan sus lutos
se duermen y agonizan como siempre
sin luz sin casa sin viento sin son.

Hombres de maíz

*Sembrado por negocio es hambre del hombre,
que fue hecho de maíz.*

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Nos enseñaron a llorar muy tarde,
sostener la tortilla de maíz,
recolectar café en portentosas fincas,
partir con el machete mazorcas de cacao.
Nos dieron dos opciones: ríe o llora,
y aprendimos *el que se queja, pierde*.
Nos instruyeron en la falsa escuela
de la vida: ordeñar las vacas y cuidar
del ganado, revender agua fresca
en medio de semáforos caídos;
un dólar semanal es suficiente.
Dormimos en la sombra, alineados
al mercado oriental y la empresa textil,
que explota al más humilde de los nuestros.
Aprendimos a diferenciar los aguacates
—los verdes, los maduros, los podridos—
los verdes no se comen, los maduros
ya están listos, los podridos tiradlos.
Nuestros abuelos, antes de morir,